

MANIFIESTO DE UNA GEISHA

Soy una mujer con un maravilloso kimono de colores. Una geisha que, al levantarse cada mañana, inicia un mágico ritual. Delante del espejo contemplo mi bello cuerpo, esculpido por el edificante cincel del sufrimiento. Lo mimo, bañándolo con el perfume de la vida. Enmascaro cuidadosamente mi rostro con la pintura de la naturalidad. Salgo de mi diminuta casa hacia el gran recinto sagrado. De camino al templo, cruzo un puente, bajo el que se esconde un río de peces dorados , y me encuentro a un menesteroso que me ofrece un pequeño cuenco de lentejas. Lo acepto y al probarlas descubro el gran secreto de la vida. Con mi paso pequeño voy haciendo un largo camino. Llego al gran teatro de la luz. La representación ha comenzado. En primera fila siempre los hombres, detrás las mujeres. ¿Quién ha dicho que la lívido no mueve al mundo? Una nota musical, un verso, un gesto dramático son las flores blancas, rojas y negras con las que adorno mi kimono. En el escenario una luz que viene de lo alto me deslumbra. Es la palabra de Dios que acompaña mi arte. En ella descubro a los hombres, no como surtidores de mi vanidad, sino como personas de una limpia agua espiritual. Entonces es cuando dejo que las mujeres se codeen con ellos en el patio de butacas. La luz divina que ilumina mi arte me hace libre y generosa. Soy una mujer bella que escribe una maravillosa alabanza con el anónimo manifiesto de su vida.

